

Primer bosquejo del regreso

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

En los períodos de profunda inquietud colectiva no le queda a la humanidad otro recurso que reajustar sus lineamientos mágicos. El hombre no vive de lo que es sino de lo que sueña, de lo que empuja. No de lo que construye o de lo que está construyendo sino de lo que tiene que construir. Parece como si en la actualidad se nos estuviese preparando —con todos los medios publicitarios a nuestro alcance— para el advenimiento de una era interplanetaria que, con toda seguridad ha de cancelar los medios con que, hasta el momento, contábamos para explicarnos el juego de la existencia. El espacio, como una monstruosa incógnita, se nos ha hecho súbita y aterradoramente presente. Y el espacio era algo con lo cual no contábamos. Nos habíamos acostumbrado, con agotadora persistencia, a ser criaturas terrestres. Nuestra mentalidad estaba condicionada a esa secuencia rítmica. No importaban, para el efecto, ni las guerras ni las hecatombes geológicas. La vida del hombre hasta el siglo veinte, más allá de sus sueños, no era otra cosa que la historia de un vasto enamoramiento terrestre. El cielo era, apenas, un fondo quimérico. Una referencia del corazón o un impreciso sitio del éter iluminado por la titilación estelar. El cielo, hasta el siglo veinte, no había sido otra cosa que poesía. La astronomía continuaba siendo un aspecto más, disfrazado de ciencia, de la literatura mágica. Pero la realidad, una realidad que rebasa todos los linderos especulativos, reclama imperiosamente sus fueros. Es más, quiere acaparar, por entero, los linderos señoreados hasta el presente por la imaginación. Pero el hombre de nuestro tiempo no está preparado para semejante emplazamiento. Por eso ha tornado al primitivismo la vigencia heroica. En el Renacimiento fue la necesidad de la inteligencia descubrir una nueva porción del planeta. Por la sencilla razón

de que, al no agotar sus posibilidades planetarias como ente de pasión terrenal, el hombre no había redondeado sus símbolos. El Renacimiento, como actitud de la conciencia, como trascendencia del ser, era la furia expansiva del individuo. El hombre había llegado al apogeo de sus instintos, al meridiano de su voracidad histórica. Esa fuerza expansiva necesitaba geografía para afinarse y crecer.

Si el hombre del Renacimiento no descubre a América hubiera descubierto un nuevo planeta. Tal era su demoníaco apetito de poder. El hombre contemporáneo, o sus inmediatos descendientes, puede, incluso, arribar a un sólido lugar del espacio. No podemos asegurar, eso sí, con cuanto esplendor emocional, con cuanta plenitud de su ser lograría ese arribo. Lo que sí sabemos es que, en la actualidad, como conducta de la especie, sus rumbos se encaminan hacia objetivos menos ambiciosos. El hombre trata de afianzarse en la quietud de los mitos. De allí el retorno a la hazaña. La característica primordial de nuestro tiempo es el récord. Necesitamos probarnos a nosotros mismos frente a exigencias superiores a nuestras posibilidades, frente a planteamientos que trascienden nuestro ritmo interior, que somos esforzados, alegres y potentes. Que somos dueños y señores nuestros. Pero todo esto, a la hora de la verdad, no es otra cosa que pánico, puerilidad, insuficiencia disfrazada de heroicidad. Por primera vez el hombre le tiene miedo a sus emplazamientos. No quiere abandonar sus amados linderos. Por primera vez, y en conjunto, le ha visto el verdadero rostro al misterio. La esfinge se hace a un lado y le muestra el helado sopor del vacío. Se agotaron nuestras posibilidades terráneas. Y el hombre, todos los hombres en uno solo, se siente el vago habitante de una región desconocida. El hombre ha regresado al asombro de Adán.